

grande que el Tasso, del poeta de las melancolías y de las ternuras, de Lamartine, alma bellísima, grande, pura y diáfana como el espacio azul de los cielos. Recordé sus amores, pensé en Graziella; y lleno mi corazón de estas memorias, bajé á la playa por ver si podía encontrar la tumba de la enamorada doncella á quien su amor al poeta cortó el hilo de la vida. Y buscaba yo al pié de los naranjos, apartando el musgo con mis manos, por si fuera posible que allí estuviese la sepultura de la nieta del pescador de Prócida. Y repetía mentalmente los inimitables versos que Lamartine escribió sobre este asunto, con el título de «Le premier Regret:»

Sur la plage sonore où la mer de Sorrente
Déroule ses flots bleus au pied de l'oranger,
Il est, près du sentier, sous la haie odorante,
Une pierre petite, étroite, indifférente,
Aux pieds distraits de l'étranger.

La giroflée y cache un seul nom sous ses gerbes,
Un nom que nul écho n'a jamais répété!
Quelquefois cependant le passant arrêté,
Lisant le nom et la date en écartant les herbes,
Et sentant dans ses yeux quelques larmes courir,
Dit: «Elle avait seize ans! C'est bientôt pour mourir!»

CAPITULO II

EL MEDITERRÁNEO.

Enero 9. 1873.

DESDE mi salida de Paris, me habia acompañado con un joven chileno, Demetrio Lasso Errázuriz, excelente amigo mio con quien bien pronto me ligaron vínculos de cariño y aprecio destinados á no desatarse nunca. El quería viajar por la Tierra-Santa, como yo, y juntos llegamos á Nápoles con este pensamiento. Pero al acercarse el tiempo de la partida, Demetrio desistió de su empeño por el delicado estado en que por entonces se hallaba su salud; y me ví precisado á emprender solo, este largo y azaroso camino.

Llegó el día nueve de Enero en que debia embarcarme para Oriente. Tomé un billete de ida y vuelta de Nápoles á Alejandría, en uno de los vapores de la compañía Rubattino de Génova, llamado «Egitto.» Mi amigo Lasso Errázuriz vino á acompañarme hasta á bordo, y allí nos despedimos, no sin gran sentimiento, confiando en que volveríamos á vernos en Nápoles dentro de pocos meses.

A la una de la tarde se puso el buque en movimiento. El día estaba tristísimo, el cielo nublado, y fría la atmósfera. Alguna que otra gota de agua sutil y acompasada, se desprendía de las nubes ce-

nicientas. La melancolía del panorama que me rodeaba, junto con la inmensa impresión que me causaba enderezar mi rumbo hacia esa parte del mundo, me tenía sumido en silencioso sopor, que era como un letargo causado por el exceso del sentimiento. A estos afectos encontrados venía á reunirse como un vago temor que me causaba emprender solo este largo viaje, lejos de mi familia, desamparado del único amigo con quien contaba en este continente, y sin tener siquiera el consuelo de que el cuidado maternal de la patria me siguiera á esos lejanos países; pues bien sabía que la República mexicana no tiene representantes diplomáticos en ellos. Por otra parte, me halagaba la idea de emprender esta aventura, pasando la raya que ordinariamente marca el « hasta aquí » á los viajeros de mi patria.

El buque avanzaba, y yo miraba quedar allá la Europa, y me encontraba bogando hacia el Africa. Visitar el Egipto y la Palestina, había sido siempre para mí un dulce sueño, que había temido no realizar nunca. Y ahora me veía ya en camino de realizarlo; y votos de agradecimiento se elevaban de mi corazón á Dios que me permitía gozar dicha tamaña.

Héme aquí por fin, navegando en el Mediterraneo, este mar que ocupaba el centro de la tierra de los antiguos, que por esta razón así le apellidaron. Esta es la que los hebreos miraban desde Jaffa, y llamaban atónitos « la gran mar. »

Al presente el Mediterraneo, comparado con los océanos, es mar pequeña, y el Atlántico merece más justamente ese nombre. Todo ha cambiado en el mundo moderno. La faz de la tierra no es la misma; pero el pasado con sus ignorancias, es augusto á nuestros ojos. Los pueblos que nos precedieron dejaron recuerdos venerandos, y los nombres que ellos dieron á las cosas, el presente los respeta, y la humanidad los guarda para evocar la historia al repetirlos.

En estas aguas se realizaron todas las revoluciones que afectaron al mundo durante miles de años. Por aquí condujeron los fenicios sus naves cargadas de riquezas; los griegos y los cartagineses, las

colonias que establecieron en países lejanos; y los romanos sus legiones invencibles que sojuzgaron el universo. Asomadas á sus costas, las naciones antiguas se contemplaron, y por el comercio ó la guerra se invadieron mutuamente; y á su turno señoras ó esclavas, se dieron en su fusión providencial, su civilización, sus artes, y sus leyes.

Al mismo tiempo que este piélago servía de vía de comunicación entre los hombres, era barrera invencible para un pueblo solo. El pueblo hebreo, conducido en su marcha por la mano misma de Dios, yacía en un rincón de la tierra, encerrado al oriente por sus montañas, y al occidente por estas aguas que no le fué permitido atravesar nunca. De esta manera la verdad estuvo guardada por espacio de treinta siglos, en un país por todas partes secuestrado al mundo; como se guardan preciosos aromas en ampollas cerradas para que su esencia no se pierda con el contacto del aire externo. Sonada la hora de la oportunidad, la mano misma que crió los astros, dió salida al perfume de su santa ampolla; y el ambiente del mundo fué purificado, y se inundó de divinos olores. La ampolla, en tanto, quedó vacía de su contenido precioso, y los hombres la hollaron bajo su planta, y Dios la abandonó en manos de los hombres para que la hollaran.

Ahora la tierra de los hebreos, que es segunda cuna del género humano, se encuentra habitada por infieles que no la veneran, sino que la oprimen y la ultrajan; y de los cuatro puntos del globo vienen peregrinos á visitarla para llorar sobre su tristeza, y decir con el profeta: « ¡cuán desolada está la nación que pobló gente innumerable! »

Hay en la tierra justos para quienes conocer la Palestina sería la suprema dicha de la existencia; almas piadosas para las cuales esas regiones no han dejado de ser la tierra prometida. Y esos justos mueren sin realizar sus ardientes votos, mientras que yo sin grande afán llevo los míos á término. Las virtudes del alma, la fuerza del espíritu que engendra los santos, la beatitud del sentimiento que hace

desfallecer el corazón con el amor divino, siento que me hacen falta; y todo esto debería tenerlo para entrar en la tierra que habitó el Dios-Hombre, y pasar allí días sobrehumanos de lágrimas y de éxtasis.

¡Adios, América, mundo joven que te levantas lleno de lozanía y de vida, y te lanzas á la lucha del progreso teniendo fé en tu victoria, porque piensas que el porvenir es tuyo! ¡Adios, suelo donde nació, lugar de recuerdos risueños y puros! ¡Adios, patria de mis padres, de mis amores, que guardas para mí los tesoros de sentimiento que son la virtud de mi vida! Parto aun mas lejos de tí. Voy á aumentar la distancia que de tí me separa.

¡Adios, Europa, viejo mundo cargado de sabiduría y de experiencia, que eres el foco de luz de la edad moderna, donde las maravillas del génio se ostentan en todo su esplendor! ¡Queda allá coronada de los laureles de triunfo que ha tejido para tí la historia durante miles de años! He disfrutado tu hermosura, he visto brillar tus glorias, y me he sentido arder con el fuego de tu idea sublime.—

Al alejarnos del puerto, el panorama que se presentó á nuestros ojos fué encantador. El golfo de Nápoles, el mas renombrado del mundo, es bello como ilusion de los cielos. Por una parte se mira la ciudad asomándose en forma de anfiteatro sobre las aguas azules; por el otro el Vesubio, destacando su mole gigantesca sobre la inmensidad del mar y del espacio; y una multitud de lugares pequeños y pintorescos asidos á la falda del volcán dormido. Portici, Torre del Greco, Torre dell'Annunziata, Castellamare, Sorrento. ¡Qué mundo de pensamientos y de poesía despiertan en el alma estos solos nombres! El espíritu se siente anegado en un océano de melancolía, mientras los ojos vagan desde las aguas al cielo, desde Nápoles hasta el Vesubio, y se páran extáticos á contemplar los blancos caseríos que se asientan á las faldas del golfo como mansiones de hadas.

Pasamos al cabo Campanella, y nos encontramos en frente de la isla de Capri. Por un lado se presenta esta como un formidable

escollo formado por la roca viva, mientras por el otro se ven los campos verdes y las aldeas desparramadas sobre la verdura en desorden artístico.

Mientras pude mirar tierra de Europa, no me ocupé de otra cosa que contemplarla, como si aquella fuese la última vez que la mirara, y supiese que se me escapaba para siempre. Pero perdido que se hubo en el brumoso horizonte el último perfil de las lejanas playas, obligado me ví á concentrar mi atención en el pequeño mundo donde me hallaba, y que avanzaba sobre las aguas. Eché una mirada á los pasajeros, por saber á qué atenerme respecto de aquellos compañeros forzosos que iba á tener por espacio de cinco días. Una familia de irlandeses, compuesta de dos matronas grandes y gordas y un caballero, dos parejas de casados americanos, un italiano tísico y otro bien acondicionado, y un eclesiástico alemán viejo, alto y grueso; tal era, en resúmen, la tripulación del «Egitto.» Desde luego comprendí que con ninguna de las personas que viajaban conmigo podría confrontar y entrar en sociedad, para hacer menos larga y fastidiosa la travesía; porque todas aquellas caras, con excepcion de la del eclesiástico, me eran igualmente desagradables y antipáticas.

Enero 10.

Amaneció el cielo mas cubierto de nubes que el dia anterior. El mar estaba casi negro. Grandes olas, cual ambulantes montañas, se levantaban á lo lejos y venian siempre creciendo á azotar el buque de través. Soplabá un viento muy fuerte del noroeste, que hacia caminar la embarcacion recostada sobre uno de sus flancos. Yo venia en el puente contemplando aquel imponente espectáculo, y mirando cómo el buque se precipitaba en los abismos que dejaban entre sí al abrirse las olas, para volver despues á levantarse sobre ellas, y á subir hasta su cresta. La embarcacion iba dejando tras sí rastros de espuma, y el agua hendida velozmente por el navío venia á azotar

el puente de tiempo en tiempo, como queriendo cobijarnos bajo su negro manto de ira.

Llegada la hora del almuerzo, la mesa estuvo desamparada. Todos los pasajeros estaban mareados, menos el pobre tísico italiano, á quien hubiera salvado tal vez el mareo, y que por lo mismo no podía marearse. De manera que solo tres personas estuvimos á la mesa: el capitán del buque, el pobre tísico, y yo.

Debajo del mantel estaba puesta la parrilla de madera, nuncio indubitable del mal tiempo, que sirve para que los platos no rueden por el suelo, y á la cual llaman los marineros «parrilla del diablo.» El comedor, á causa de la tempestad, estaba de tal manera oscuro, que preciso fué encender las lámparas, como si hubiera sido de noche. A pesar de la parrilla, como era tan veloz el movimiento del buque, los vasos y las botellas caían de la mesa, y el contenido de los platos se derramaba sobre el mantel ó sobre nuestras rodillas. Yo tomé el partido de tener el plato en la mano para defender mejor mi alimento, y aun así no pude comer sin gran dificultad, teniendo que andar á cada paso á caza del pan que saltaba sobre la mesa. La escena hubiera sido divertida para mí, á no haber intervenido el mal resultado que me produjo la falta de aire en el comedor. Además de esto, siempre que hay mal tiempo se percibe mas pronunciado el olor del alquitrán, y este olor es eficazísimo para ocasionar el mareo. No pude resistir mas, y dejando el plato que tenia en mi mano, me dirigí á mi camarote para meterme en la litera. El tísico y el capitán quedaron riendo al verme abandonar el campo, porque á bordo es costumbre que el mareo cause risa, y que los que no se mareen rían de los que se han mareado.

Toda la tarde la pasé metido en mi camarote, y sintiéndome extenuado, desesperado, sin un momento solo de descanso. Es el mareo una enfermedad terrible; es grande como la mar que la produce; es rebelde como el movimiento de las ondas; podría decirse que es la rabia del oceano que se venga del poder del hombre, y que co-

bija á este bajo su inmenso vaho de vientos iracundos, impregnados de sales.

Al caer la tarde el viento se apaciguó un tanto. En el instante mismo en que cesó el movimiento del buque, todos los pasajeros salieron de sus camarotes y subieron al puente. Yo seguí á los demás y subí también sobre cubierta. El eclesiástico alemán se acercó á mí y me preguntó cómo había pasado la tarde.

—Muy mal, señor, le contesté.

—Pero de seguro no tan mal como yo, me dijo con fisonomía compungida: imagínese vd. cuál será el sufrimiento de un viejo mareado á los setenta años.

—Debe ser terrible.

—¿Sabe vd. lo que pensaba hoy durante el tiempo que me duró esa atroz enfermedad? Pensaba que á la descripción del infierno le falta un requisito para que acabe de ser espantosa. Al fuego, al crujir de dientes, á los inmensos dolores y á la desesperación, es menester agregar el mareo. Si yo fuera pintor, haría un cuadro figurando el infierno como buque lleno de llamas, caminando sobre mar tempestuosa.

Yo reí de la ocurrencia del eclesiástico, porque despues de las penas que acababa de sufrir, me pareció de una felicidad rara.

De allí el padre me habló sobre asuntos científicos, y desde luego comprendí que era un hombre de vasta instrucción. Dijome que se llamaba el doctor Stendall, que era del ducado de Luxemburgo, y que tenia en su país un colegio á su cargo.

Poco tiempo despues volvió el mar á entrar en agitación, y todos los pasajeros regresaron á sus camarotes, yo incluso. Metime en seguida en mi litera, tratando de conciliar el sueño, único consuelo que la aciaga suerte deja á los mortales en casos semejantes. El buque tenia movimientos laterales de tal modo violentos, que la ventanilla de mi camarote se hundía en el agua, y el buque caminaba de costado. Las olas subían á la popa y la anegaban, y el agua filtraba gota á

gota por las juntas de la madera del techo de mi estrecho aposento. El buque á la verdad era bastante grande, pero en medio del pié-lago alborotado no era mas que un «pobre leño,» como dicen los poetas, continuamente levantado á las crestas de las ondas y sumergido en los profundos pliegues de aquella agitada sábana inmensurable.

No habia cosa que pudiera permanecer en su sitio en medio de aquel balanceo despiadado. El silencio de la noche era interrumpido por los rugidos del mar, por el sordo trabajo interior de la máquina, cuya enorme hélice me parecia tener pegada á mi oído, y por el ruido de la cristalería que alhajaba el buque, que se quebraba, de los pobres pasajeros que caian de sus literas con grande estrépito, y de toda la gente mareada que parecia estar próxima á arrojar los intestinos por la boca.

Imposible me fué cerrar los ojos al «blando sueño» en toda la noche. Mi cuerpo no cesaba de andar á tumbos sobre los dos costados de la litera, y aun me ví precisado á amarrarme á un barrote del muro por medio de un cinturón de cuero para no rodar por el suelo, cosa que me hubiera desagradado bastante. En vela pues, y con el cerebro excitado por el insomnio, no sé qué ideas me venian al sentir las aguas agitarse debajo de mi cuerpo, alzarse soberbias, precipitarse ciegas, rugir airadas, de comparar la mar con inmenso bruto, que hubiese querido sacudir de su espalda colosal la osada carga que tenazmente se le adheria; y que revolvia sus lomos, levantaba su negra piel, rehuía prestar apoyo á esa pequeña carga, y rugia y espumaba rabioso al encontrarse impotente, siendo tan grande y poderoso, para luchar contra enemigo tan insignificante y débil.

Enero 11 de 1873.

A la madrugada entró el mar en calma, el buque en silencio, y yo logré quedarme dormido. Pero apenas habia cerrado los ojos, cuando oí llamar á la puerta de mi camarote.

—Señor, señor, decia una voz.

—¿Qué se ofrece? pregunté con tono de enfado.

—Levántese vd. que vamos á pasar dentro de poco por entre Scila y Caribdis.

En aquel instante reconocí por la voz, que mi interlocutor no era otro que el Dr. Stendall.

—Ahora mismo, doctor, contesté cambiando de tono.

Y en efecto, aunque soñoliento y maltrecho por la noche de fatiga que acababa de pasar, hice un heroico esfuerzo, y estuve en pié, vestido y delante del alemán, en menos tiempo del que gasto en contarle.

Subimos sobre cubierta. El dia comenzaba apenas á esclarecer el lejano horizonte. El panorama habia cambiado totalmente, pues en lugar de aquel cielo oscuro y lleno de nubes del dia anterior, se ostentaba hoy á mis ojos un limpio, azul y trasparente espacio, que los ángeles parecian haber lavado, como dice Víctor Hugo; y en vez del agitado mar de olas espumantes que habia traído á tumbos al pobre buque durante larguísimas horas, caminábamos hoy sobre las aguas inmóviles, que presentaban la superficie tersa y compacta, de una mar de aceite, segun la expresion de los franceses. Soplaba viento suave, ligeramente fresco, que nos azotaba el rostro como si nos hiciera caricias. La mañana estaba deliciosa, y su benéfica influencia bien pronto me puso en estado de olvidar las desventuras pasadas, mirándolas huir cual sombras al aparecer las dichas presentes.

—Hermosa madrugada! murmuró el Dr. Stendall.

—Hermosísima, le contesté, justa compensacion de la noche cruel que acabamos de pasar.

—¿Dónde se imagina vd. que la he pasado yo?

—En su camarote de vd., metido en la litera, y amarrado tal vez, como me ha sucedido á mí.

—No, señor, la he pasado aquí, sobre cubierta, porque allá abajo me sofocaba y tenia fiebre.

—De manera que no ha dormido vd. en toda la noche?

—Ni un momento.

—Lo mismo me ha acontecido á mi, con escasa diferencia.

—Pero he gozado aquí de tan delicioso fresco, que no me encuentro cansado.

—Yo me sentía muy descoyuntado al acabar de levantarme, y ahora que he recibido en la cara este vientecillo tan agradable, estoy fuerte como si hubiera dormido doce horas.

El doctor cambió repentinamente de conversacion, y despues de mirar un momento la luna que brillaba todavía, aunque ya descolorida, en la mitad del cielo, me dijo:

—Hace una hora que el tiempo se ha serenado. Anoche creí que íbamos á naufragar. La agitacion del mar en medio de la oscuridad, se siente mucho mas formidable. He pasado la noche sentado en este banquito, y asido con entrambas manos al barandal del buque. Las olas que llegaban hasta aquí, me bañaron varias veces. Ahora mismo acabo de cambiarme ropa. Cuando vi que el cielo se despejaba hace poco, y aparecer la luna, se me ocurrió una idea que es mas bien un problema que voy á proponer á cierto amigo mio, en una carta que pienso escribirle. El problema es el siguiente: son las cuatro de la mañana, la luna brilla en el cielo, y se encuentra tan exactamente en línea recta encima de mí, que la sombra que proyecta mi cuerpo sobre el pavimento, es el resultado de mi perpendicular. Puesto lo anterior, ¿á cuántos grados de latitud deberé encontrarme en el globo terrestre; ó mejor dicho, en qué lugar deberé hallarme, para que el once de Enero á las cuatro de la mañana, caigan los rayos de la luna matemáticamente perpendiculares sobre mi cabeza?

—Bonito problema, en verdad, exclamé, y que no seria posible que yo lo resolviera, si no supiese que nos encontramos á poca distancia de Sicilia.

—Y sin embargo, es harto sencillo.

—Sí debe de ser; pero confieso de mí que soy muy ignorante

en todo lo tocante á los cuerpos celestes con relacion á la tierra.

Con estas y otras pláticas divertimos el tiempo hasta las seis de la mañana, hora en que ya el sol comenzó á asomar como globo de fuego, sobre la inmensa superficie del inflamado mar. Allí estaba la tierra. Mirámosla á la diestra y la siniestra mano: la una era la costa de Italia, y la otra la de Sicilia.

—Atencion, me dijo Stendall; dentro de un momento vamos á entrar en el estrecho de Messina.

Miré con avidez hácia delante, tratando de abarcar hasta los menores detalles que tenia á mi frente, en una sola ojeada. Ví entonces un estrecho paso que se abria el mar entre la Sicilia y la Italia, especie de canal practicado de seguro por el Mediterráneo en épocas prehistóricas, separando las tierras que la naturaleza habia formado unidas. Por aquella angosta abertura se dirigió el buque. El timonero gobernaba el «Egitto» á su antojo, como un hábil ginete gobierna el brioso corcel por la brida. La quilla iba levantando espuma al hender las aguas, que eran como terso límpido espejo convertido en perlas, y el buque caminaba velozmente sobre el abismo.

Vamos pasando el estrecho, por decirlo mejor, nos encontramos entre «Scila» y «Caribdis,» en el terrible «fretum siculum» de los romanos. Me imaginaba que seria de tal suerte angosto, que apenas podria pasar una embarcacion; pero no es así, sino que seria posible que pasaran hasta cuatro al mismo tiempo.

—¿En qué consiste que sea tan temido este estrecho? pregunté al Dr. Stendall,—veo que la fama exagera demasiado respecto del peligro que corren aquí las embarcaciones.

—Ahora no puede vd. juzgar sobre esto, me contestó, porque la mar está en calma; pero cuando hay marejada es cuando se ven las cosas como son. El ímpetu de los vientos puede empujar los buques á un lado ú otro del camino que nosotros llevamos, y con esto el naufragio es inevitable. No toda la anchura del estrecho es igualmente